

LA IGLESIA DOMÉSTICA Hahn, Scott.

Hace miles de años, el testimonio de las familias cristianas en el curso de la vida ordinaria propició innumerables conversiones en la Roma pagana. Mostrando «amor en las cosas pequeñas» –en el modo en que los esposos se preocupaban el uno del otro, atendían a sus hijos, desarrollaban su trabajo diario y trataban con amabilidad a sus vecinos–, aquellas familias dieron testimonio del poder transformador de la gracia y de la belleza de la vida cristiana.

La eficacia de aquel particular tipo de testimonio no fue una coincidencia. Desde el principio, Dios quiso que la unión del hombre y la mujer fuera un signo, tanto de quién es él como del modo en que ama. Dios, como explicó en una ocasión San Juan Pablo II, no es «una soledad», sino «una familia», una eterna comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo^[31]. Mediante el bautismo, pasamos a formar parte de esa familia, nos convertimos en hijos adoptivos con la misma vida de Dios –la gracia santificante– dentro de nosotros. Nos convertimos también en parte de la Iglesia, la novia del Novio, la amada del Amante más grande del mundo, quien, como nos dice san Pablo, se entregó a sí mismo por su novia para que «sea santa e inmaculada» (Ef 5, 25-27). Por todos esos motivos y por otros, Pablo podía con razón llamar al matrimonio «gran misterio» (Ef 5, 32). Mediante la unión del hombre y la mujer, la fecundidad de su amor, los sacrificios que realizan debido a su amor y las gracias que reciben mediante esos sacrificios, el matrimonio «habla» de Dios. Encarna una realidad demasiado grande para que podamos abarcarla: el amor fiel, fecundo y transformador de Dios.

EL TESTIMONIO DEL AMOR FIEL

El hecho de que haya en la actualidad tantos matrimonios que no están a la altura del plan de Dios –que acaban en adulterio o divorcio, o están mutilados por una mentalidad anticonceptiva– no disminuye la eficacia del signo. De hecho, según Benedicto XVI, esa circunstancia no hace sino poner más de relieve la fuerza del testimonio de aquellos que viven de acuerdo con el plan de Dios para el matrimonio. Así lo explica: La unión del hombre y la mujer, su ser «una sola carne» en la caridad, en el amor fecundo e indisoluble, es un signo que habla de Dios con fuerza, con una elocuencia que en nuestros días llega a ser mayor, porque, lamentablemente y por varias causas, el matrimonio, precisamente en las regiones de antigua evangelización, atraviesa una profunda crisis^[32]. Después de hacer notar «la evidente correspondencia entre la crisis de la fe y la crisis del matrimonio», Benedicto XVI exhorta a las parejas católicas a que no solo dejen que sus matrimonios sean transformados por la gracia de la fe, sino que también utilicen sus matrimonios como un medio de comunicar la gracia y la verdad a otros. «Como la Iglesia afirma y testimonia desde hace tiempo», concluye, «el matrimonio está llamado a ser no solo objeto, sino sujeto de la nueva evangelización». De este modo, el Papa Benedicto exhortaba a los católicos de hoy de manera parecida a como lo hiciera san Agustín a los católicos de su tiempo, cuando se dirigía a los padres como «señores y obispos como yo»^[33]. Benedicto ha comprendido en nuestro tiempo –como Agustín lo comprendió en el suyo– que, para que la nueva evangelización se lleve a cabo con éxito, los cristianos deben recuperar una visión de la familia como iglesia doméstica. Debemos ver nuestros hogares como sitios en los que el amor de Dios se hace visible y personal, donde se hace real y donde la fe se

transmite a las futuras generaciones. También debemos ver nuestros hogares como sitios de especial testimonio dentro de la comunidad, un signo del amor al que Dios nos llama, en medio de los barrios y lugares de trabajo.

En la medida en que nuestras familias sean iglesias domésticas fieles, nosotros y nuestros hijos seremos capaces de comprometernos con el resto de tareas que conlleva la nueva evangelización. Tanto si Dios nos llama a proclamar el Evangelio en tierras extranjeras como si somos llamados a proclamarlo en la casa de al lado, lo haremos mejor si, en primer lugar, nos hemos preocupado de *cultivar una vida de fe bajo nuestro propio techo. Y, para hacerlo, se requieren, al menos, siete cosas.*

1. Las parejas casadas deben esforzarse por vivir los compromisos que adquirieron el día de su boda.

La puesta en práctica del concepto de iglesia doméstica supone, en primerísimo lugar, el amor fiel de los esposos. «Así deben los maridos amar a sus mujeres, como a su propio cuerpo» (Ef 5, 28). Las mujeres deben hacer lo mismo. Como maridos y mujeres, estamos llamados a una vocación santa –la santidad– a través de una vocación santa –el matrimonio–. Nuestro matrimonio es el contexto en el que nuestra progresiva conversión, nuestra profundización en la fe, tiene lugar. Y, mediante la muerte a nosotros mismos por el bien de nuestro cónyuge, recibimos la gracia que necesitamos para esa conversión. En concreto, esto significa que debemos ser fieles. Que debemos ser cariñosos. Que debemos ser atentos. Que debemos ser compasivos el uno con el otro, perdonándonos como Dios nos perdona (cfr. 1 Co 7, 10-24; Ef 4, 32). Sobre todo, debemos poner a nuestro cónyuge en primer lugar –por delante de otras relaciones, otros intereses, otros proyectos–, admitiendo de ese modo que Dios no nos ha llamado al matrimonio en aras de nuestro placer o comodidad, sino en aras de nuestra santificación, y que esa santificación se alcanza normalmente mediante las diarias muertes a uno mismo. La mayoría de esas muertes serán pequeñas –la ayuda que se ofrece con generosidad, los encargos que se realizan con diligencia, las quejas que se suavizan, el agradecimiento que se manifiesta...–, pero esos pequeños sacrificios nos ayudan a recibir la gracia que necesitamos para afrontar sacrificios mayores cuando llega el momento. *En la Iglesia primitiva, los matrimonios estables que vivificaba la gracia de los sacramentos, y en los que se vivían el apoyo y respeto mutuos, contribuyeron a la conversión de millones. Hoy pueden hacer lo mismo.*

2. Las madres y los padres deben ser los principales evangelizadores de sus hijos.

En la Familiaris Consortio (sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual), el Papa Juan Pablo II señala que «los padres... son los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos», y que «el ministerio de evangelización de los padres cristianos es original e insustituible» (nn. 39 y 53). Ese ministerio no se considera algo extraordinario, sino un aspecto más de la educación que los padres deben dar a sus hijos. Por lo mismo, no debemos ver la educación que hemos de proporcionar a los hijos que Dios nos dé como una actividad distinta de su evangelización. Son una y la misma tarea. Las primeras lecciones sobre el amor de Dios que aprenden nuestros hijos las aprenden de nosotros. No por lo que les leemos o explicamos, sino por el modo en que les amamos. Aprenden a confiar en Dios, cuando nosotros somos dignos de confianza. Aprenden

que Dios estará siempre ahí cuando lo necesiten, si nosotros estamos siempre ahí cuando nos necesitan. Aprenderán qué son la fuerza y la sabiduría de Dios, su misericordia y justicia, su paciencia y bondad, si nosotros somos fuertes y sabios, misericordiosos y justos, pacientes y buenos. O no lo aprenderán... Porque lo que aprendan, en gran medida, dependerá de nosotros. Lo mismo puede decirse de lo que aprenden sobre la fe. Las clases de religión de colegios y parroquias pueden contribuir al aprendizaje de los niños hasta cierto punto. Y no contribuirán demasiado a su aprendizaje, si lo que se enseña en el colegio no se refuerza en casa. Vuelvo a repetirlo: la responsabilidad de la formación de los hijos en la fe es, fundamentalmente, de los padres, no del cura de la parroquia o del catequista. No es suficiente con amar fielmente a nuestro cónyuge y amar nuestra fe. También debemos trabajar activamente para formar a nuestros hijos en la fe. Es responsabilidad nuestra proclamarles a Cristo con la palabra y con las obras, rezando con ellos y hablándoles de Dios: de cómo nos ama, de cómo ha mostrado ese amor a lo largo de la historia y de cómo continúa mostrándolo hoy. También es responsabilidad nuestra acercarlos a los sacramentos con toda la frecuencia posible, enseñarles cómo debe manifestarse la reverencia a Dios tanto dentro como fuera de la iglesia y enseñarles a vivir vidas de caridad cristiana. Como ya señaló la sabiduría de los Proverbios hace mucho tiempo, a los padres corresponde, antes que a nadie, instruir «al muchacho acerca de su camino» (Pr 22, 6a). ¿Y si lo hacemos? «Ni de viejo se apartará de él» (Pr 22, 6b).

3. Las familias deben ser lugares de oración.

Cuando leemos los escritos de los Padres de la Iglesia primitiva, vemos que están plagados de referencias a familias que se tomaron muy en serio las palabras de san Pablo, cuando dice: «Perseverad en la oración, velando en ella con acciones de gracias» (Col 4, 2). Algunas familias, nos cuenta Tertuliano, hacían girar las semanas en torno a la oración, mediante la observancia de oraciones estacionales: ayunos y oraciones específicas cada miércoles y viernes. Otros se levantaban a las tres de la mañana, simplemente para rezar juntos^[34]. Aunque no vea claro que levantar a todos a las tres de la mañana para rezar fuera a funcionar demasiado bien en mi casa, eso no significa que no podamos imitar a nuestros predecesores en la fe en ser «constantemente en la oración» (Rm 12, 12). En familia, podemos rezar el rosario después de cenar, hacer juntos el ofrecimiento de obras, antes de salir para el colegio o el trabajo, o podemos bendecir a nuestros hijos antes de acostarlos por la noche. También podemos recuperar tradiciones católicas perdidas, como la entronización del Sagrado Corazón, ..., celebrar las fiestas de los santos a los que tenemos devoción con una cena especial, abstenernos de comer carne todos los viernes, santiguarnos al pasar por delante de una iglesia católica. Todas esas prácticas –algunas de las cuales solo nos van a quitar unos segundos de nuestro tiempo– nos ofrecen la oportunidad de volver a centrar nuestro corazón y nuestra mente en Dios. También nos ayudan a enseñarles a nuestros hijos que Dios está con nosotros todos los momentos del día. Los niños aprenden por imitación. Eso pasa con el lenguaje, y pasa con la oración. Aprenden a rezar cuando rezamos con ellos. Aprenden lo que significa hablar con Dios, cuando nos oyen hablar con Dios. Aprenden a acudir a Dios –para adorarlo, darle gracias, pedirle perdón y pedirle beneficios–, cuando nos ven acudir a Dios para esas cosas. Y lo que es más importante aún: cuando rezamos en familia de manera habitual, le damos a Dios

más oportunidades de actuar junto a nosotros y de darnos la gracia que necesitamos para enfrentarnos a los retos que nos esperan y hacer los sacrificios que el día nos depara. Unidos por la gracia, nos hacemos más capaces de dar testimonio de Cristo en el resto de ámbitos a los que nos llama. La oración es, ciertamente, el alma de nuestro apostolado, o debería serlo. Sea en casa o fuera de casa, todos nuestros esfuerzos por contribuir a la nueva evangelización deben ser un desbordarse de nuestra vida interior. Si no lo son, las semillas que sembramos darán un fruto mucho más escaso.

4. La misa debe ser el centro de la vida familiar

Si volvemos la vista atrás y nos fijamos en el testimonio de las familias durante la primera evangelización, vemos que las familias cristianas participaban con intensidad en la vida litúrgica y de piedad de la Iglesia. En el año 304, en la ciudad de Abitinia, en el norte de África, las autoridades romanas arrestaron a familias enteras por su fe cristiana. Cuando las familias eran llevadas a presencia del juez, este les ofrecía una sencilla escapatoria. «Todo lo que tenéis que hacer», les decía, «es no ir a la misa de los domingos». No tenían que renunciar a Cristo. No tenían que dejar de amar a sus cónyuges o de tratar con cariño a sus vecinos. Solo tenían que dejar de ir a misa. Pero eso no iban a dejar de hacerlo. «No podemos vivir sin la misa», decían al juez. Y en eso ya no tuvieron problema, porque el juez los condenó inmediatamente a muerte^[35]. Para las familias en el mundo de hoy, la elección debería ser mucho más simple. Ir a misa no nos supone tener que elegir entre la vida y la muerte. Supone tener que dar a Dios prioridad sobre el partido de fútbol de nuestro hijo de seis años, o sobre los programas de noticias del domingo por la mañana. Esas son las tentaciones que tenemos que vencer para ir a misa al menos los domingos; y, si fuera posible, todos los días de la semana. Y tenemos que vencerlas, porque es en la misa donde damos a Dios las gracias y el culto debidos. Y de la misa –de Cristo presente en la eucaristía– recibimos el poder de amar en la medida en que estamos llamados a amar. Todo lo demás se deriva de ahí.

5. La iglesia doméstica debe ser un remanso de caridad

La preocupación que las familias cristianas de la Iglesia primitiva mostraban por otros llamó también la atención de la Roma pagana. Como explicaba Tertuliano, «también esta demostración de amor grande la notan con murmuración algunos. “Mirad”, dicen, “cómo se aman entre sí»^[36]. Esas palabras de Tertuliano responden al viejo dicho de que «la caridad empieza en casa». Como familias, el modo en que nos hablamos, el lenguaje que utilizamos, nuestro tono de voz, el respeto que nuestras palabras y nuestra actitud transmiten, por no referirme al afecto que mostramos con las palabras y con las obras, constituyen todo ello una forma de testimonio. Es un testimonio para nuestros hijos, y es un testimonio para nuestros amigos y vecinos. Lo mismo cabe decir en lo que se refiere al esfuerzo por respetarnos en todo. Pensar siempre bien de los miembros de nuestra familia y hablar bien unos de otros, priorizando el tiempo que pasamos juntos –no solo para rezar y enseñar, sino también para jugar, divertirnos y disfrutar juntos– es un continuo testimonio del amor y la belleza de la vida familiar, así como de la dignidad de cada miembro de la familia. La caridad empieza en casa, sí, pero no se acaba ahí. Las puertas de nuestras casas deberían estar siempre abiertas a

aquellos que necesitan compañía, conversación o consuelo. La hospitalidad cristiana – sea en forma de cena, estudio de la Biblia o, incluso, de alojamiento para aquellos que necesitan un hogar (por un tiempo reducido o prolongado)– es siempre un modo de hacer que el amor de nuestra familia irradie al exterior. También lo son las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales. Visitar a los enfermos, dar de comer a los que tienen hambre, acordarse de las viudas y los huérfanos... Esos actos deberían verse en nuestro hogar como algo natural, tan natural como el partido de fútbol americano del lunes por la noche. Más natural aún. Lo mismo debería pasar con la limosna. «Buena es la oración sincera», nos dice el libro de Tobías, «y es preferible la limosna con justicia... Es mucho mejor dar una limosna que atesorar oro. La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosna gozarán de una larga vida» (Tb 12, 8-9). Nótese que, cuando Jesús habla de la limosna en Mateo 6, 2 –«Cuando des limosna, no lo vayas pregonando»–, utiliza la palabra «cuando», no «si». Para Jesús, no hay «si» en este asunto. La limosna, como la ve él, es tan esencial para la vida cristiana como la oración misma. Tenemos que verla del mismo modo, observando cuando sea posible la antiquísima tradición del diezmo y contribuyendo generosamente a la labor de la Iglesia en nuestra parroquia y en todo el mundo. Esa práctica –la de dar el diez por ciento de los primeros frutos de nuestro trabajo– puede parecer costosa en un principio. Los que son fieles a ella, pronto descubren que Dios tiene la costumbre de devolvernos diez veces más de lo que damos. Cuando se trata de generosidad, no es posible ganarle^[37].

6. Debemos ser fieles

Cuando uno lee las obras de sociólogos e historiadores como Rodney Stark, hay algo que queda claro y meridiano: los fieles eran fieles. Creían lo que la Iglesia enseñaba y buscaban, por encima de todo, seguir la exhortación de Cristo a «guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 20). Por eso eran fieles a sus cónyuges. Por eso no mataban a sus niñas recién nacidas ni abortaban a sus hijos. Por eso cuidaban a sus vecinos moribundos. Porque eso es lo que la fe les exigía. Eso es lo que significaba ser cristiano. Nosotros debemos hacer lo mismo, esforzándonos por vivir vidas que se correspondan con la enseñanza de la Iglesia y que estén a la altura de lo que Cristo espera de nosotros. Y espera mucho. No nos llama únicamente a rechazar lo que esta cultura nuestra –obsesionada con el sexo, modernista, materialista, consumista...– glorifica y exalta. Nos llama a ser «perfectos» como nuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48): a superar los vicios de la vanidad, la soberbia, la gula, la avaricia, la envidia, la lujuria, la ira y la pereza, al tiempo que cultivamos las virtudes del desprendimiento, la humildad, la templanza, la generosidad, la caridad, la castidad, la paciencia y la fortaleza. Eso puede parecer imposible. Y, sin la gracia, lo sería. Aun con la gracia, muchas veces no lo conseguimos. A los primeros cristianos también les pasaba. Luchaban con la tentación y caían. Pero entonces se arrepentían, confesaban sus pecados, volvían a la Iglesia y comenzaban de nuevo. Lo que no hacían, sin embargo, era decir que el pecado fuera otra cosa. No adaptaban las exigencias de la Iglesia al nivel de la cultura imperante, y llamaban violaciones de la ley de Dios al aborto, al infanticidio, a volverse a casar después de un divorcio (sin que hubiera nulidad), a los actos homosexuales, a la anticoncepción... Los primeros cristianos odiaban esos pecados con la misma pasión

con la que amaban a los pecadores que los cometían. Lo mismo debemos hacer nosotros.

7. Debemos cultivar la virtud de la esperanza

Todas las noches, desde hace ya más de treinta años, mi familia ha continuado con una tradición que se inició en la familia de mi mujer. En la cena, todos los miembros de la familia tienen que recordar una «cosa buena» que les haya sucedido ese día. El domingo, tienen que recordar una «cosa buena» que les haya sucedido esa semana, y esas las escribimos en un libro que guardamos en el comedor. Hay días que es más fácil recordar «cosas buenas». Otros días es más difícil. Pero siempre viene muy bien, porque nos ayuda a fomentar el espíritu de agradecimiento, a Kimberly, a mí y a nuestros hijos. Nos ayuda a poner por obra lo que san Pablo nos pide en Filipenses 4, 8: «Por lo demás, hermanos, cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza, tenedlo en estima». ¿Por qué es esto importante? Como señala Stark, en la Iglesia primitiva, se daba un contraste muy fuerte entre la desesperanza que impregnaba la visión del mundo de la Roma pagana y la esperanza que tenían los cristianos de aquella época. Los primeros cristianos vivían en la esperanza. Se gloriaban en ella (Rm 5, 2). Confiaban en las promesas de Cristo. Y sabían que este mundo no era su hogar. Esa esperanza les infundía valor. «Teniendo, pues, esta esperanza, procedemos completamente confiados» (2 Co 3, 12). También les daba libertad con respecto a los problemas que asolaban el Imperio Romano en los tiempos de su decadencia. Se sentían libres para amar y practicar la generosidad, para sacrificarse, para traer vida al mundo, porque sus esperanzas no estaban ligadas a este mundo. Estaban ligadas a la otra vida. Esa esperanza trajo un vigor nuevo a la civilización occidental. Contribuyó a que la población se convirtiera en una proporción del cuarenta por ciento en cada década, durante los tres primeros siglos del cristianismo, y contribuyó a que la fe se mantuviera incluso después de la caída del imperio^[38]. Debemos cultivar esa misma esperanza, en nosotros y en nuestras familias. Debemos confiar en que, a pesar de todo lo malo que tiene nuestra cultura, no todo está perdido. Cristo sigue reinando. Debemos agarrarnos fuertemente a él, cumplir con fidelidad lo que nos pide y vivir con gozo la vida a la que la Iglesia nos llama. Esto me lleva otra vez a las «cosas buenas». En nuestra familia, la tradición de las «cosas buenas» nos ayuda en ese sentido: nos recuerda que hay motivos para dar gracias y para esperar. Nos ayuda, a mí como padre y a Kimberly como madre, a reafirmar el vínculo que nos une a nuestros hijos y a recordar las cosas buenas que hay en nuestras vidas. Nos ayuda a transmitir la calma e inspirar la confianza que es esencial para que se dé una vida familiar feliz y una vida espiritual feliz. En otros hogares, otro tipo de tradiciones alcanzarán lo mismo. Pero, en todos los hogares, los cristianos debemos encontrar modos de combatir la inquietud y cultivar la esperanza, porque en esa esperanza encontraremos, como los primeros cristianos, la libertad. Y, al hacerlo, nuestra cultura también puede cambiar. Cristo nos llama a cada uno de nosotros a ser sus discípulos: a seguirle en todas nuestras idas y venidas. También nos llama a ser apóstoles, que, en griego, significa literalmente el que es enviado a una misión. Para la mayoría de nosotros, responder a esa llamada no supondrá cruzar océanos, sino, más bien, alguna calle. Pero somos enviados en cualquier caso. Tenemos una misión, una misión que empieza en casa. Y a

nosotros corresponde embarcarnos en esa misión hoy, en este preciso momento. Algunos podemos lamentar no habernos embarcado antes en la misión, pensar que deberíamos haberlo sabido antes: cuando éramos más jóvenes o cuando nuestros hijos eran pequeños. Pero no hay marcha atrás. No podemos cambiar el pasado. Solo podemos cambiar lo que hacemos aquí y ahora. Y nunca es demasiado tarde para decir sí a esta misión. Nunca es demasiado tarde para comenzar con la tarea de la nueva evangelización en nuestro matrimonio y en nuestros hogares. Cualquier cosa que demos a Dios, ahora y en los días venideros, la utilizará para producir mucho fruto. También es importante recordar que estas verdades son aplicables a los solteros tanto como a los casados. Dios llama a todos los hombres y mujeres a la paternidad y maternidad espirituales. A todos nos llama a una fiel relación esponsal con él en la eternidad. A todos nos llama a poner la Eucaristía en el centro de nuestra vida, a hacer de nuestros hogares remansos de caridad y hospitalidad, y a cultivar un espíritu de oración, esperanza y fe^[39]. Los solteros pueden responder a esas llamadas de manera diferente a los casados –mediante su relación con hermanos, padres, parientes, ahijados, compañeros de piso..., en vez de con el cónyuge e hijos–, pero están igualmente llamados a responder. En su respuesta –tanto como en la de los casados– se sustentará la nueva evangelización. Esa respuesta, no obstante, no se da solo en casa. También se da en el mundo.

[31] Papa San Juan Pablo II, «Homilía de la misa celebrada en Puebla de los Ángeles» (28 de enero de 1979).

[32] Papa Benedicto XVI, «Homilía de la misa para la apertura del Sínodo de los obispos y proclamación como doctores de la Iglesia de san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen» (7 de octubre de 2012).

[33] San Agustín, Sermón 94,.1.

[34] Cfr. Tertuliano, Sobre la oración, Ciudad Nueva, Madrid 2006..

[35] Actos de los mártires, BAC, Madrid 2012.

[36] Tertuliano, Apología, capítulo 39.

[37] Para un análisis más detallado (y profundo) sobre el cultivo de la vida familiar en el hogar y sobre cómo hacer de los hogares remansos de caridad, véase la serie de cuatro libros de Kimberly Hahn sobre el matrimonio y la vida familiar: Chosen and Cherished, Biblical Wisdom for Your Marriage (Cincinnati, St. Anthony Messenger Press, 2007), Graced and Gifted: Biblical Wisdom for the Homemaker's Heart (Cincinnati, St. Anthony Messenger Press, 2008), Beloved and Blessed: Biblical Wisdom for Family Life (Cincinnati, St. Anthony Messenger Press, 2011), y Legacy of Love: Biblical Wisdom for Parenting Teens and Young Adults (Cincinnati, St. Anthony Messenger Press, 2011).

[38] La expansión del cristianismo, p. 19.

[39] Una reflexión más amplia sobre cómo los solteros pueden comprender y responder a la llamada de Dios a la nueva evangelización se encuentra en la obra de Emily Stimpson The Catholic Girl's Survival Guide to the Single Years (Steubenville, Ohio, Emmaus Road Publishing, 2012).

Hahn, Scott. La evangelización de los católicos, Ediciones Palabra, S.A.